

“Boda” y “La boda”, dos versiones de un mismo cuento de Emilia Pardo Bazán

MAR NOVO DÍAZ
Universidade de Santiago de Compostela
Campus de Lugo

En el siglo XIX, si hay un género que destaque por su importancia, ese es el cuento; todos los autores que se precien escriben cuentos y Emilia Pardo Bazán no es una excepción. Hablar del cuento y no hacerlo de ella es imposible.

A finales del XIX se registra mayor presencia de este género en el mercado, el cuento entra en los hogares de todos acompañando al periódico, que le sirve de medio difusor, como las revistas, en las que se acompaña el texto de varias ilustraciones que hacen referencia a la trama del cuento.

Es también a partir de esta época cuando Pardo Bazán más aportaciones hace a la prensa. Nunca dejará de escribir, mientras la vida se lo permita, y al día siguiente de su muerte, el 13 de mayo de 1921, saldrá a la luz su último cuento: “El árbol rosa”.

La brevedad, condición precisa del cuento, obliga a sus autores a ser rápidos, a buscar el chispazo y la intensidad, condimentos imprescindibles de este género. Doña Emilia, consciente de esta necesidad, revisa sus cuentos, corrige los textos en busca del efecto final característico de estos.

Un ejemplo de lo dicho anteriormente lo constituyen “Boda” y “La boda”, dos versiones de un mismo cuento publicadas en 1900 y 1909 respectivamente. Pero no es esta la única vez que la autora actúa así, lo hará en otros cuentos que constituyen el grueso de una investigación más exhaustiva que estamos llevando a cabo.

“La boda” (*Sud-Exprés*, 1909)¹ y “Boda” (*Álbum Salón*, 1900) nos ofrecen dos versiones de un mismo acontecimiento: una boda. Su cotejo debería permitirnos aventurar una conclusión de cuál de ellas es la primigenia, ya que tenemos dos fechas de publicación distintas: 1909 y 1900, si bien “La boda” no tiene que ser posterior a lo publicado

¹ Paredes, en su edición de los *Cuentos Completos* de la autora coruñesa (Paredes, Juan, ed.: *Emilia Pardo Bazán, Cuentos Completos*, 4 vols., La Coruña: Fundación “Pedro Barrié de la Maza, Conde de Fenosa”, 1990, vol. 3, 109-111), recoge esta versión; años más tarde también encontramos esta misma versión publicada en un diario de Lugo: *La Idea Moderna. Diario Monárquico*, lunes 4 de mayo de 1914.

en *Álbum Salón*, las fechas son las de publicación pero no corresponden necesariamente a la composición de uno u otro texto.

Los dos relatos comparten los mismos personajes: Regina y don Elías como los novios, doña Andrea es la madre de la novia; un papel especial lo desempeña el profesor de francés, que en un texto se llama Damián Antiste (1909) y en el otro Darío Antiste (1900); este cambio quizás sea debido a un lapsus de Emilia Pardo Bazán. Otros personajes son Nicasio y doña Fausta, de menor importancia en el relato.

Si nos detenemos un momento y analizamos los nombres escogidos para los personajes de esta historia, podemos apreciar que no son seleccionados al azar; Regina viene del latín y su equivalente castellano es “reina”, este nombre viene a completar la descripción que en el texto se hace de la protagonista:

tenía atractivo, elegancia, un modo de ser muy superior a su esfera social, y su cuerpo mostraba líneas de admirable concisión, realzadas por el vestir sencillo y delicado, a la francesa. No pasaba inadvertida en ninguna parte, y tenía sus envidiosas y sus imitadoras. (“La boda”).

Elías viene del hebreo, fue el salvador de la Alianza, entre Yavé y su pueblo, es el representante de la resistencia hebrea, encarna, por tanto, al hombre fuerte que no se rinde a pesar del rechazo de la mujer, y al final vence. Tanto Darío como Damián son nombres que hacen referencia a dos mártires, en este caso el profesor de francés es víctima de su prepotencia al declarar a Regina que aún sabiendo lo que ella sentía no le hizo caso, demostrando así su falsedad y cinismo. También el nombre de la madre de Regina es significativo, doña Andrea, viene del griego Andreas con el significado de ‘masculino, viril’; no debemos olvidar que estamos ante una señora que tiene una profesión no habitual en la época: “la directora del Colegio de niñas de la plazuela de Santa Cruz” (“Boda”); en ningún momento se habla del padre de Regina, es su madre quien lleva las riendas de todo, desempeñando el papel de hombre. El novio es un comerciante florentino, tiene un bazar de quincalla —profesión típica de los judíos—, que pone de manifiesto el auge del comercio y la importancia que va teniendo el poseer un capital que suple otro tipo de carencias, como puede ser en este caso juventud y belleza, frente al profesor de francés, que se describe como: “señorito pobre y guapo como un Apolo” (“Boda” y “La boda”); en la versión de *Sud-Exprés* se hace alusión al dinero que todo lo compra: “era dueña de su voluntad: no tenía ambición, no estaba en venta” (“La boda”).

A pesar de compartir los mismos personajes y sucesos, cada relato nos muestra una narración distinta de los hechos. Lo publicado en *Sud-Exprés* es más completo y ofrece un final más redondo, ajustado a la moral de la época: adquiere importancia la opinión que de los esposos tengan los invitados: “todos notaron que durante el almuerzo —aquel almuerzo que dejó memoria— estuvo tierna, insinuante, y el novio loco de alegría” (“La boda”).

Los dos relatos presentan un mismo hecho: chica enamorada de su profesor de francés que por despecho acepta casarse con otro pretendiente; el día de la boda recibe la visita del profesor, a quien rechaza después de darse cuenta de que lo que hace él es burlarse de sus sentimientos. En ambos textos podemos observar las mismas reacciones,

expresadas de distinta manera, pero que llevan a una misma conclusión y desenlace. Reacciones que se podrían resumir de la siguiente manera:

1. Un señor rico está enamorado de Regina, su madre lo acepta considerándolo un excelente partido para su hija.

Don Elías, dueño de varias fábricas de quincalla y del mejor bazar de la calle de Atocha [...]. A pesar de la campaña de su madre —loca de gozo al presentarse un pretendiente como don Elías—...

(“La boda”)

La pura verdad. Don Elías, el dueño de la fábrica de juguetes del Rastro, y del mejor bazar de quincalla de la calle Atocha [...]. A pesar de las instigaciones de su madre, loca de gozo con las pretensiones del richachón don Elías...

(“Boda”)

2. A quien de verdad ama Regina es a su profesor de francés, pero al comprobar que este no le hace caso, y en cambio sí se lo hace a la hija de un acaudalado, decide aceptar a don Elías.

Regina se negaba tan resueltamente porque no acababa de convencerse de que el profesor de francés del colegio, señorito pobre y guapo como un Apolo, no se acordaba de ella, sino para saludarla atentamente al entrar y salir de clase. ¡Aquel, sí! ¡Una palabra de aquel! Regina, en secreto y sin ridículas apariencias, sufría el largo y cruel proceso de la fiebre amorosa. Cierta día, cuando más renegaba de la triste condición de la mujer que no le permite revelar su afán, por hondo que este sea, notó que disimuladamente el gallardo profesor pasaba un billetito a una alumna jorobada hija única de un usurero millonario. Hubo noches de insomnio y días de desgano; hubo lágrimas involuntarias y hasta crisis nerviosas; la defensa del ideal que no quiere morir... Al cabo de un mes, de pronto, sin preámbulos, Regina anunció a su madre que estaba dispuesta a la unión con don Elías.

(“La boda”)

Y pasaron dos años en esa batalla; el tiempo que tardó en convencerse de que el profesor de francés del colegio, señorito pobre y guapo como un Apolo, no se acordaba de ella sino para saludarla al entrar y salir de clase. ¡Aquel sí!... Regina allá dentro, se moría por él: le miraba a hurtadillas, suspiraba, no dormía, llegaba a enfermar de pasión de ánimo. Cierta día notó que el gallardo profesor, disimuladamente pasaba un billetito a una alumna jorobada, hija única de un usurero millonario. Después de levantarse varias mañanas con los ojos encarnados e hinchados como tomates, Regina anunció a su madre que con don Elías se casaba.

(“Boda”)

3. Día de la boda, sorpresa de la novia al encontrarse allí al profesor de francés, que le tiende la mano para bajar del ómnibus.

Ya se detenía en la plazuela de los Viveros el ómnibus: la novia, ricamente vestida de raso negro, bajaba del interior. Antes que el novio le tendiese la mano para ayudarla, se adelantó un apuesto mozo: el propio Damián Antiste, el profesor, en ensueño hecho hombre, el verdadero autor del enlace entre la romántica criatura y el excelente y clásico industrial madrileño... ¿Cómo estaba allí Damián? Regina sabía a punto cierto que no había asistido a la boda en la iglesia.

(“La boda”)

4. Regina nota que la actitud del profesor de francés ha cambiado con respecto a ella.

La sensación terriblemente dulce de la mano del profesor estrechando la suya, de los ojos que la devoraban [...]. “Hoy le gusto, pensó”, Regina trémula de placer. Desvió las pupilas; pero el imán del alma le hizo girarlas otra vez hacia el profesor, que seguía devorándola con las suyas.

(“La boda”)

Ya se detenía en la plazuela de los Viveros el ómnibus, cargado de gente. Al ir a bajarse la novia, hízose atrás con sorpresa: la mano que le tendían era la de Darío Antiste, el profesor de francés, su sueño hecho hombre. ¿Cómo estaba allí? Nadie lo había convidado.

(“Boda”)

Ahora, la miraba: y no era mirada indiferente, sino atrevida, codiciosa, larga, explícita. Apartó los ojos, pero el imán del alma la hizo girarlos otra vez hasta encontrar los de Darío. Avergonzada volvió a separarlos [...]. Inmensa emoción sobrecogió a Regina. “Hoy le gusto”, pensó con mezcla de despecho y de júbilo insensato...

(Boda)

5. Encuentro privado entre el profesor y Regina que acaba mal.

Damián la siguió [...]. El galán le echó al talle los brazos y empezó a pronunciar palabras con fusas: la canción eterna que se apodera de las almas... al pronto Regina escuchó bebiendo aquel hablar que la desvanecía y la embriagaba a la vez. Luego..., ¿qué decía aquel hombre? Regina se hizo atrás espantada de lo que oía. Y él, inhábil, torpe, continuaba:

—No niegue que me quiso, que me quería allá en el colegio... No lo niegue... Si yo lo sabía. Si lo noté desde el mismo momento en que empezó...

Las facciones de la novia, al pronto asombradas, expresaron, al fin, bochorno, desprecio infinito, ira profunda. ¡Miserable! ¡De modo que lo sabía! ¡Y entre tanto, es cribía a la millonaria! ¡Y a ella ni una señal de gratitud, ni una frase de consuelo, de simpatía! ¡La dejaba morir! ¡La dejaba casarse con otro! Y ahora... ¡Miserable!

(“La boda”)

Detrás del florido bosqueje la descubrió al punto Darío. Con repentino e inesperado movimiento, la echó los brazos al talle; ella, medio desvanecida, se dejó estrechar, y cerrando los ojos, como en un sueño divino, oyó las frases ardorosas que el mozo pronunciaba, sin casi entenderlas, pero embriagándose de ellas, rendida temblorosa... de pronto se hizo atrás, le rechazó con un gesto de desprecio, de horror. Él no comprendía. Acababa de murmurar: No niegue usted que me quiso, que me quería allá en el colegio... No lo niegue. Y el bochorno y la ira, retratándose en las facciones de la novia, fueron la respuesta a la imprudente evocación de lo pasado. Serena ya, como si acabase de recibir sobre la frente una ducha de agua fría, Regina pronunció arrancando un ramo de celuida blanca: “Las flores se cogen a su tiempo”.

(“Boda”)

6. Regina, ofendida, regresa con su marido.

Y a paso lento sin volver el rostro atrás, salió del bosqueje y se dirigió hacia el comedor. Allí debía de estar su novio, su marido. Y estaba en efecto, dando disposiciones, señalando sitios en la mesa.

—¡Elías! —dijo ella cariñosamente—. Mira que quiero sentarme a tu lado, ¿eh?.

Era la primera vez que le hablaba así...

(“La Boda”)

Y alzando otra vez la cola del rico traje, rápida como una saeta, corrió a reunirse con el novio, gritando “¡Elías!”

—Era la primera vez que le llamaba así.

(“Boda”)

“La boda” / “Boda” concluyen con una observación del narrador: “Era la primera vez que le hablaba / llamaba así”, que pone de manifiesto el cambio efectuado en la novia. En la versión de *Sud-Exprés* el narrador destaca aun más la nueva actitud de la ya esposa con su marido: “Todos notaron que durante el almuerzo —aquel almuerzo que dejó memoria— ella estuvo tierna, insinuante, y el novio loco de alegría”, que nos aporta una información adicional del final del suceso. Vemos, por tanto, cómo un mismo personaje es el desencadenante de un acontecimiento: una boda, y también del acercamiento de la pareja.

En “Boda” se ubican temporalmente los acontecimientos en el mes de mayo: “hasta el anoecer que en mayo ya se sabe que no llega nunca”, en cambio en “La boda” no se aporta información sobre el mes primaveral en que acontecen los hechos narrados; es más concisa esta última versión sólo en cuanto al tiempo que tarda Regina en tomar la decisión de casarse con don Elías “al cabo de un mes, de pronto, sin preámbulos, Regina anunció a su madre que estaba dispuesta a la unión”.

Ambos cuentos nos aportan la misma información sobre los acontecimientos, si bien en la forma de apuntarnos el desenlace la versión de “Boda” es más difusa puesto que termina con un “¡Elías!” de Regina que deja al lector con la incertidumbre al esperar algún otro tipo de información a continuación. Dato que sí se aporta en “La boda”: “Mira que quiero sentarme a tu lado ¿eh?”, también aquí el narrador es relevante en el desenlace, puesto que nos aporta una información referente a la opinión de los invitados sobre la actitud de la novia con el novio: “todos notaron que durante el almuerzo —aquel almuerzo que dejó memoria— ella estuvo tierna, insinuante, y el novio loco de alegría”.

En “La boda” destaca la adjetivación, hay descripciones preciosistas, símiles y comparaciones, expresiones como: “su amor muerto”, “palomas de blancas alas, rotas y sangrientas”, “cabellos brilladores, ondulados con coquetería”, “adornada con el azahar céreo de verde follaje resplandeciéndole en las orejas dos gotas de agua, limpias, gruesas, mil duros en cada lóbulos; el derroche del espléndido y entusiasmado consorte”.

En cambio, en “Boda” Pardo Bazán se limita a narrar los hechos sin preocuparse de hacer descripciones ampulosas; sí es de destacar la metáfora que resume un antes y un después en la vida de Regina: “Las flores se recogen a su tiempo”, que hace referencia a la oportunidad que tuvo el profesor mientras estaba soltera, que desaprovechó, y ahora ya es tarde para recapacitar; hay una reflexión moral: su estado actual, casada, le impide estar con el profesor.

Lo importante de la historia se encuentra presente en las dos versiones. Si bien es probable que la autora, en una revisión posterior, decidiera cambiar expresiones y añadir otras más preciosistas para hacer más amena la lectura del texto aportando así color y viveza con adjetivos y descripciones, también es posible que, al ser la prensa periódica el medio habitual de difusión del cuento en el siglo XIX, la autora hubiese adaptado el cuento a un espacio y, por tanto, se viese obligada a eliminar elementos superfluos dejando sólo los imprescindibles para la comprensión del hecho narrado, que constituirían la materia narrativa. En este caso la versión “Boda” se publica en *Álbum Salón* en 1900 acompañada de dos ilustraciones, que hacen referencia a dos hechos principales de la

historia: la relación del profesor con la niña rica; más concretamente, al momento en que el profesor le desliza el billetito, y al rechazo de Regina más tarde, mostrando el momento en que recoge el ramo de celuida blanca y le dice: “Las flores se cogen a su tiempo”.

Creemos que la autora aportó la versión larga, “La boda” (1909), a la revista, de ahí que Serriñá en las ilustraciones muestre dos momentos claves en el cuento: el momento en que el profesor pasa el billetito a la alumna jorobada y el encuentro de Regina con el profesor de francés en el bosque, momento en que ella le da un ramo de celuidas blancas al tiempo que le dice: “Las flores se recogen a su tiempo”, esta última frase sólo aparece en la versión ilustrada, de ahí la justificación del gesto del brazo extendido de la novia dándole al profesor las flores (“Boda”). En ambas ilustraciones el profesor aparece caracterizado con un bigote. Suponemos que debido a la extensión de esta versión se ve obligada a reducirla, en este caso casi a la mitad, y la titula “Boda”, que será la versión recogida en *Álbum Salón* (1900).

En *Sud-Exprés* no hay ilustraciones, por tanto, no hay límite de extensión, de ahí la versión más extensa y el final más explicativo acorde con la moral de la época; para *Álbum Salón* este final es demasiado largo y de ahí el uso de una frase lapidaria con connotaciones clásicas: “Las flores se cogen a su tiempo”, que falta en la versión no ilustrada.

Si seguimos esta opción, no estaría apoyada por las fechas; primero habría sido creada la versión publicada en 1909 que luego habría sido modificada para adaptarse a las exigencias de un espacio, esta sería la versión de 1900. En cambio, si creemos que las fechas son indicios de la creación de una u otra versiones, primero habría sido creada la versión corta que nueve años más tarde sería ampliada para su publicación en *Sud-Exprés*, hipótesis esta última que vemos menos aceptable.

LA BODA

El día era espléndido, primaveral, y la gente apiñada en el ómnibus, camino de los Viveiros, iba del mejor humor posible, con el hambre canina que se despierta después de una mañana ajetreada, de emociones y aire libre. Se esperaban grandes cosas del yantar: bien rico y generoso era novio, y bien pirrado estaba por la novia. Le constaba a Nicasio, el platero, que se lo había confiado a doña Fausta, la tintorera, y a sus niñas: habría champaña y langostinos, y hasta se esperaba una sorpresa, un plato de marqueses, que se llama *!bestión de fuagrá!*.

Y no mentía el platero Nicasio. Don Elías, dueño de varias fábricas de quincalla y del mejor bazar de la calle de Atocha, había perdido la cuenta del tiempo que llevaba cortejando a la desdiosa Regina, hija de doña Andrea, la directora del colegio de niños de la plazuela de Santa Cruz. Regina era una rubia airosa, aseñoritada como pocas, instruidita, soñadora por naturaleza y también por haber leído bastante historia, novela, versos, cosas de amores...; amén de su afición al teatro, insaciable; no al teatro alegre ni sicalíptico: a los dramas y a las comedias serias y sentimentales. Sería exceso llamar hermosa a Regina; pero tenía atractivo, elegancia, un modo de ser muy superior a su esfera social, y su cuerpo mostraba líneas de admirable concisión, realizadas por

el vestir sencillo y delicado, a la francesa. No pasaba inadvertida en ninguna parte, y tenía sus envidiosas y sus imitadoras.

A pesar de la campaña de su madre —loca de gozo al presentarse un pretendiente como don Elías—, Regina luchó años enteros antes de aceptarle. No daba razones. No quería. Que no le hablasen de semejante cosa. Era dueña de su voluntad: no tenía ambición, no estaba en venta..., y argumentos por el estilo. No se le conocía otro novio... Esto era lo que a la madre la volvía loca. “¡Si al fin ella no quiere a nadie! ¡Si por más que estoy a la mira no veo moros en la costa!”.

Nunca se observan sino los hechos materiales... Los corazones no tienen ventanillas de cristal. Regina se negaba tan resueltamente porque no acababa de convencerse de que el profesor de francés del colegio, señorito pobre y guapo como un Apolo, no se acordaba de ella, sino para saludarla atentamente al entrar y salir de clase. ¡Aquel, sí! ¡Una palabra de aquel! Regina, en secreto y sin ridículas apariencias, sufría el largo y cruel proceso de la fiebre amorosa. Cierta día, cuando más renegaba de la triste condición de la mujer, que no le permite revelar su afán, por hondo que sea, notó que disimuladamente el gallardo profesor pasaba un billetecito a una alumna jorobada, hija única de un usurero millonario. Hubo noches de insomnio y días de desgano; hubo lágrimas involuntarias y hasta crisis nerviosas; la defensa del ideal, que no quiere morir... Al cabo de un mes, de pronto, sin preámbulos, Regina anunció a su madre que estaba dispuesta a la unión con don Elías. Su consuelo era que nadie conociese la malhadada y defraudada ilusión... Había acertado a disimularla; su humillación era como si no hubiese existido, puesto que no la sospechaba ni doña Andrea, después de espíar a su hija continuamente. Sería el tesoro que guardase: su amor muerto, su desengaño, paloma de blancas alas, rotas y sangrientas...

Ya se detenía en la plazuela de los Viveros el ómnibus: la novia, ricamente vestida de raso negro, bajaba del interior. Antes que el novio le tendiese la mano para ayudarla, se adelantó un apuesto mozo: el propio Damián Antiste, el profesor, en ensueño hecho hombre, el verdadero autor del enlace entre la romántica criatura y el excelente y clásico industrial madrileño... ¿Cómo estaba allí Damián? Regina sabía a punto cierto que no había asistido a la boda en la iglesia. Sin duda, haciéndose el encontradizo, o doña Andrea, o don Elías le convidarían... Lo cierto era que estaba..., y que iba a comer tal vez a su lado... o enfrente... Regina recordó que el usurero había sacado del colegio la niña corcovada, encerrándola a piedra y lodo; y pensó que Damián ya no se acordaría de sus ambiciosos planes. Todo esto lo calculó en un relámpago. La sensación terriblemente dulce de la mano del profesor estrechando la suya, de los ojos que la devoraban, abolió las demás y suprimió cuanto no fuese el acre placer del triunfo. La mirada de Damián era atrevida explícita, larga. Detallaba a Regina, hermosa realmente en aquel momento, bajo el velo blanco que nubaba los cabellos brilladores, ondulados con coquetería, adornada con el azahar céreo de verde follaje, resplandeciéndole en las orejas dos gotas de agua limpias, gruesas, mil duros en cada lóbulo; el derroche del espléndido y entusiasmando consorte... “Hoy le gusto”, pensó Regina, trémula de placer. Desvió las pupilas; pero el imán del alma le hizo girarlas otra vez hacia el profesor, que seguía devorándola con las suyas. ¡Aquella mirada hacía dos meses! ¿Y por qué “ahora”? ¡Oh, no cabía duda! Era efecto del traje, del tul, de las joyas... Damián “no la había visto” hasta aquel instante. Las mujeres tienen de estas aprensiones; creen en el efecto irresistible del adorno, del traje, de las galas, y así se hacen pedazos tras ellas. ¡Ah, si Damián la ve antes radiante, engalanada, quién duda que la hubiese contemplado como la contemplaba ahora! Pero Damián no sabía ni que ella era bonita, ni que se moría por él... Como agua a la cual se le abre la salida, la ilusión de Regina se desbordó... Era la larga pasión que se satisfacía sin poder contenerse, sin atender ni a respetos ni a pudores... Afortunadamente, el novio había corrido a hablar con el dueño del fondón para saber si todas sus instrucciones se cumplían y el espléndido almuerzos se serviría pronto.

Las amigas despojaron a Regina de su velo y se decidió que, mientras no llegaba la hora de sentarse a la mesa, jugarían al escondite... La boda se desparramó por los senderos de la orilla del agua, que embalsamaba las postreras lilas y las primeras celindas blancas y olorosas. El aroma de aquellas flores madrileñas, en el aire seco y cálido, era trastornador. El follaje tierno, flexible, fino de los arbustos escondía los altos troncos de los árboles y tendía como una cortina movable y embalsamada ante el riachuelo. Era poesía lo burgués del oasis, y hasta poseía las notas del organillo que, lejos, empezaba a ganarse la propina con sus tocatas de zarzuela popular. Arremangando la cola de su magnífico traje, la novia, que sentía hervir la juventud, corrió, dio el ejemplo. Damián la siguió. Nadie reparaba en ellos, o si reparaban las amiguitas, se sentían cómplices; dejar a la novia que se riese, que se alegrase; ¡estaba aún en la antesala del grave deber!

Damián alcanzó a la novia muy pronto. Contra un bosque de arbolillos, ya densamente hojosos, que empezaba a hacer languidecer el calor, la acorraló, sonriendo. Se acercó, y Regina saboreó la sensación extrañamente divina de ver de cerca, muy de cerca, un rostro que se ha soñado y que ahora, próximo, dominador, parece distinto con el puntillito de las pupilas al sol y el color cambiante del bigote que se enciende bajo la luz viva... Desfallecida la mujer, el galán le echó al talle los brazos y empezó pronunciar palabras confusas: la canción eterna que se apodera de las almas... Al pronto Regina escuchó bebiendo aquel hablar que la desvanecía y la embriagaba a la vez. Luego..., ¿qué decía aquel hombre? Regina se hizo atrás espantada de lo que oía. Y él, inhábil, torpe, continuaba:

—No niegue que me quiso, que me quería allá en el colegio... No lo niegue... Si yo lo sabía... Si lo noté desde el primer momento en que empezó...

Las facciones de la novia, al pronto asombradas, expresaron, al fin, bochorno, desprecio infinito, ira profunda. ¡Miserable! ¡De modo que lo sabía! ¡Y entre tanto, escribía a la millonaria! ¡Y a ella ni una señal de gratitud, ni una frase de consuelo, de simpatía! ¡La dejaba morir! ¡La dejaba casarse con otro! Y ahora... ¡Miserable!

La palabra asomó a los labios blancos de cólera:

—¡Miserable! —gritó en alto.

Y a paso lento, sin volver el rostro atrás, salió del bosque y se dirigió hacia el comedor. Allí debía de estar su novio, su marido. Y estaba, en efecto, dando disposiciones, señalando sitios en la mesa.

—¡Elías! —dijo ella cariñosamente—. Mira que quiero sentarme a tu lado, ¿eh?.

Era la primera vez que le hablara así... Todos notaron que durante el almuerzo —aquel almuerzo que dejó memoria— ella estuvo tierna, insinuante, y el novio loco de alegría.

BODA

El día era espléndido, primaveral, y la gente, apiñada en el ómnibus, iba del mejor humor posible, cantino de los Viveros, presintiendo el almuerzo sabroso, con el hambre canina que despierta el madrugón, y después el bailoteo y la faranja, hasta al anochecer, que en Mayo ya se sabe que no llega nunca. Nada había de faltar de lo que piden el rumbo y la largueza: bien rico era el novio, y bien pirrado estaba por la novia, y bien se le leía en la cara la satisfacción brotando á chorros. Le constaba á Nicasio el platero, que se lo había confiado á doña Faustina la tintorería: tendrían *Champana* y langostinos, ¡ni más ni menos que los marqueses!

La para verdad, Don Elias, el dueño de la fábrica de juguetes del Rastro, y del mejor bazar de plaza de la calle de Atocha, andaba no se sabe desde cuándo tras la desdenosa Regina, hija de doña Andrea, la Directora del Colegio de niñas de la plazuela de Santa Cruz. Era Regina una rubia patida,

aseñorada como pocas, insulada, soñadora por naturaleza y por haber leído bastante: historia, novelas, versos, ensa de amores. Sería encantamiento llamarla hermosa; pero tenía atractivo, elegancia, algo superior á su esfera, y el cuerpo divinamente modelado por el corsé, con curvas que prometían desarrollarse, según prometen las turgencias del capullo: reventar en plenitud de rosa. A pesar de las instigaciones de su madre, loca de gozo con las proyecciones del tierno don Elias, Regina luchó desesperadamente antes de acceder. No daba razones: no quería... porque no. Y pasaron dos años en esa batalla, el tiempo que tardó en convencerse de que el profesor de francés del colegio, señorito pobre y guapo como un Apolo, no se acordaba de ella sino para saludarla al entrar y al salir de clase. ¡Aquel sí!... Regina, allá dentro, se moría por él: le miraba á hurtadillas, suspiraba, no dormía, llegaba á enfermarse de pasión de ánimo. Certo día notó que el gallardo profesor, disimuladamente, pasaba un billete á una alumna jorobada, hija única de un usurero

millionario. Después de levantarse varias mañanas con los ojos encarnados é hinchados como tomates, Regina anunció á su madre que con don Elias se casaba. No volvió á clase de francés. Su único consuelo era no haber vendido el secreto. Parecía que nadie sabía el desengaño, como nadie había sabido la pasión...

Ya se detenía en la plazuela de los Viveros el óm-

nibus, cargado de gente. Al ir á bajarse la novia, hizo se atrás con sorpresa: la mano que le tendían era la de Darío. Antiste, el profesor de francés, su sueño hecho hombre. ¿Cómo estaba allí? Nadie le había convidado. Sin duda se hacia el encontradizo, para obtener el convite. Regina recordó que el usurero había sacado del colegio á su hija, encerrándola á piedra y todo en casa, y pensó que el burlado ambicioso quería distraerse con el bullicio y la alegría de la fiesta. Entre algazara le convidaron, efectivamente: el coro de muchachas se holgó de verle allí: saltaban que batía al primer.

Una llamarada subió á las mejillas de la novia. Al saltar del estribo, Darío había estrechado misteriosamente su mano izquierda, calzada con blanco guante. Ahora, la miraba: y no era mirada indiferente, sino atrevida, codiciosa, larga, explícita. Apartó los ojos, pero el íman del alma la hizo girarlos otra vez hasta encontrar los de Darío. Avergonzada volvió á separarlos. ¡Aquella mirada dos meses antes! ¡Y por qué ahora! ¿Es que la encontraba bonita con el traje de damasco negro y el broche de brillantes y el ramo de azahar? Las mujeres tienen de estas aprensiones: creen en el efecto irresistible del adorno, y así se afaman y se hacen pedazos tras él. Inmensa emoción sobrecogió á Regina. «Hoy le gusto», pensó con mezcla de despecho y de júbilo insensato...

Mientras preparaban el almuerzo, se decidió que jugarían al escondite. La boda se desparaná por los senderos de la grilla del agua, que embalsamaban las últimas lilas y las primeras celuidas blancas y aromas. Remangando la cola de su magnífico traje, la novia corrió, con juvenil ligereza, á ocultarse, á emboscarse entre la verdura. Detrás del florido bosquejo la descubrió al punto Darío. Con repentino é inesperado movimiento, la echó los brazos al talle; ella, medio desvanecida, se dejó estrechar, y cerrando los ojos, como en un sueño tívico, oyó las frases ardorosas que el mozo pronunciaba, sin casi entenderlas, pero enlirrá gándose de ellas, renchida, temblorosa... De pronto se hizo atrás, le rechazó con un gesto de desprecio, de horror. Él no comprendía. Acababa de murmurar: «No niegues nada que me quise, que me quería allá en el colegio... No lo niegues.» Y el bochorno y la ira, retratándose en las facciones de la novia, fueron la respuesta á la imprudente evocación de lo pasado. Serena ya, como si acabase de recibir sobre la frente una ducha de agua fría, Regina pronunció, arrancando un ramo de celuida blanca: «Las flores se eagan á su tiempo.» Y alzando otra vez la cola del rico traje, rápida como una saeta, corrió á reunirse con el novio, girando «¡Elias!» — Era la primera vez que le llamaba así.

EMILIA PARDO BAZÁN

Ilustraciones de A. SERRA.

